

RENÉE KNIGHT

OBSERVADA

Traducción del inglés
de Carlos Mayor



Título original: *Disclaimer*

Ilustración de la cubierta: © Nenia Lanti

Copyright © *Renée Knight*, 2015

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2015

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-10-4

Depósito legal: B-18.403-2015

1ª edición, agosto de 2015

2ª edición (1ª en Argentina), noviembre de 2015

Printed in Argentina

Impresión: Arcángel Maggio-División Libros

Lafayette, 1695, Barracas

*Para Greg, George, Betty
y mi madre, Jocelyn*

Primavera de 2013

Catherine se prepara para otra arcada, pero ya no puede salir nada más. Se aferra al frío esmalte y levanta la cabeza para mirarse al espejo. La cara que le devuelve la mirada no es la que tenía cuando se acostó. Es una cara que ya conoce y que no esperaba volver a ver. Se observa bajo esa nueva luz, intensa, y humedece una toalla pequeña con la que se limpia la boca y luego presiona los párpados, como si así pudiera apagar el miedo que reflejan sus ojos.

—¿Te encuentras bien?

La voz de su marido la sobresalta. Tenía la esperanza de que no se despertara. De que la dejase en paz.

—Ya estoy mejor —miente, y apaga la luz.

A continuación, vuelve a mentir:

—Habrà sido la cena que pedimos anoche. —Se vuelve hacia él, una sombra en la luz de esa hora sepulcral. Susurra—: Acuéstate. No es nada.

Él está más dormido que despierto, pero aun así se acerca y le pone una mano en el hombro.

—¿Estás segura?

—Segurísima —contesta.

De lo único de lo que está segura es de que necesita estar sola.

—Robert. De verdad. Enseguida voy.

Él tarda unos instantes en quitarle los dedos del brazo, pero finalmente hace lo que le pide. Antes de volver al dormitorio, Catherine espera hasta cerciorarse de que se ha dormido.

Lo ve en el suelo, abierto boca abajo, donde lo dejó. El libro en el que había confiado. Los primeros capítulos la conquistaron para que se abandonara, para que se sintiese a gusto con la insinuación de las emociones comedidas que tenía por delante, un anzuelo para que siguiera leyendo, pero sin darle pistas de lo que se avecinaba. La sedujo para que continuara, para que se adentrara más y más en sus páginas, hasta que se dio cuenta de que le había tendido una trampa. A partir de entonces, las palabras le rebotaron por el cerebro y se le estrellaron contra el pecho, una tras otra. Era como si una hilera de gente se hubiera tirado a la vía del tren y ella, la conductora impotente, hubiese sido incapaz de evitar la colisión mortal. Demasiado tarde para frenar. No había posibilidad de dar marcha atrás. Sin poder evitarlo, Catherine se había topado consigo misma escondida entre las páginas del libro.

«Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas...» La nota inicial está tachada con una línea roja bien trazada. Al abrir el libro, no se fijó en el aviso. El «parecido» con ella no puede ser casualidad. Catherine es uno de los personajes principales, uno de los protagonistas. Aunque hayan cambiado los nombres, los detalles son inconfundibles, incluida la descripción de lo que llevaba puesto aquella tarde. Un episodio de su vida que ha mantenido oculto. Un secreto que no ha contado a nadie, ni siquiera a su marido y a su hijo, las dos personas que creen conocerla mejor que los demás. Es imposible que alguien se haya inventado lo que acaba de leer. Sin embargo, ahí está, en negro sobre blanco, para que lo vea quien quiera. Creía que aquel asunto se había terminado. Que

estaba enterrado. Pero ha reaparecido. En su dormitorio. En su cabeza.

Trata de apartarlo pensando en lo que hicieron anoche. La satisfacción de ponerse cómodos en su nuevo hogar: el vino y la cena, acurrucarse en el sofá, adormilarse delante del televisor y luego meterse en la cama los dos, Robert y ella. Una felicidad tranquila que le parecía inquebrantable. No obstante, ahora le parece demasiado tranquila para serenarla. No puede dormir, así que se levanta y se va al piso de abajo.

Todavía tienen dos pisos, aunque no es como antes. Ahora viven en un dúplex, no en una casa de verdad. Se mudaron hace tres semanas. Dos dormitorios en lugar de cuatro. Dos dormitorios se ajustan más a las necesidades de Catherine y Robert. Uno para ellos. Otro para los invitados. Y además abajo hay un solo espacio. Sin puertas. Ahora que Nicholas se ha ido, no les hace falta cerrar puertas. Enciende la luz de la cocina, saca un vaso del armario y lo llena. Sin acercarse al grifo. Agua fresca a voluntad gracias a la nevera nueva. Más que una nevera parece un armario. El miedo le cubre las palmas de las manos de sudor. Tiene calor, casi fiebre, y agradece la frescura de los suelos de piedra caliza recién instalados. El agua la alivia un poco. Se la bebe de un trago mientras mira los ventanales que cubren la parte trasera del dúplex, de esa casa nueva y extraña. Fuera está todo negro. No hay nada que ver. Todavía no ha tenido tiempo de poner cortinas. Se siente expuesta. Observada. La ven, pero ella no ve a nadie.

Dos años antes

La verdad es que me sentí mal por lo que pasó, muy mal. Al fin y al cabo, no era más que un crío: tenía siete años. Y yo estaba, supongo, *in loco parentis*, aunque sabía perfectísimamente que ninguno de los padres me habría querido *in loco* de nada. Por entonces ya estaba en las últimas: Stephen Brigstocke, el profesor más odiado del colegio. Estoy convencido de que los niños lo pensaban, y también los padres, aunque no todos: espero que algunos me recordaran de antes, de cuando había tenido en clase a sus hijos mayores. En fin, el caso es que, cuando Justin me pidió que fuera a su despacho, no me sorprendí. Lo veía venir. Incluso tardó algo más de lo que esperaba; cosas de los colegios privados. Son su propio feudo. Los padres tienen la impresión de que mandan porque pagan, pero se equivocan, claro. Lo mío es un buen ejemplo: ni siquiera me entrevistaron antes de darme el trabajo. Justin y yo habíamos ido juntos a Cambridge; él sabía que yo necesitaba dinero, y yo que él necesitaba un jefe para el Departamento de Lengua. Resulta que los colegios privados pagan mejor que los públicos, que era donde yo había adquirido años de experiencia docente. Pobre Justin, debió de costarle mucho relevarme. Tuvo que resultarle violento, vamos. Porque fue un relevo, no un despido. Se

portó bien y se lo agradezco. No podía permitirme renunciar a la pensión y ya casi me tocaba jubilarme, así que se limitó a acelerar el proceso. En realidad, los dos estábamos cerca de la jubilación, pero la despedida de Justin fue muy distinta de la mía. Por lo visto, a algunos alumnos incluso se les escapó una lagrimita. No ocurrió lo mismo en mi caso. Al fin y al cabo, ¿por qué iban a llorar por mí? Yo no me merecía lágrimas de ese tipo.

Pero no quiero dar lugar a malentendidos: no soy ningún pederasta. No le metí mano al niño. Ni siquiera lo toqué. No, no, yo nunca tocaba a los niños. En realidad, me parecían un verdadero coñazo. ¿Que está feo decir una cosa así de unos críos de siete años? Supongo que sí, siendo maestro. Me harté de leer sus historias soporíferas, aunque estoy seguro de que algunos se esforzaban mucho, pero en el fondo el problema fue ese concepto que tenían de sí mismos, como si a los siete años, por el amor de Dios, tuvieran algo que decir que pudiera interesarme. Y entonces, una tarde, me planté. La catarsis del bolígrafo rojo ya no me funcionaba y, al llegar a la redacción de aquel niño en concreto, no recuerdo cómo se llamaba, le escribí una crítica muy detallada en la que le explicaba por qué no podían importarme menos las vacaciones de su familia en el sur de la India, donde se habían alojado con la gente de una aldea. Pues qué bien, felicidades. Por supuesto, al crío le sentó mal. Y lo siento de verdad. Como no podía ser de otra manera, se lo contó a sus padres. Eso ya no lo siento. Sirvió para precipitar mi salida del colegio, y no cabe duda de que tenía que irme por el bien de los alumnos, pero también por el mío.

Y así me encontré en casa con todo el tiempo del mundo. Un profesor de lengua jubilado de un colegio privado de segunda categoría. Viudo. Me preocupa estar siendo demasiado sincero, que lo dicho hasta ahora pueda resultar un poco desalentador. Podría hacerme parecer cruel. Lo que le hice a aquel niño fue cruel, eso lo reco-

nozco, pero en líneas generales no soy una persona cruel. Desde la muerte de Nancy me he abandonado un poco. Bueno, de acuerdo, mucho.

Cuesta trabajo creer que, en su día, me eligieran profesor del año. No lo votaron los alumnos del colegio privado, sino los del público donde trabajaba antes. Y no fue flor de un día. Pasó varios años seguidos. En una ocasión, creo que en 1982, tanto Nancy como yo conseguimos ese premio, cada uno en su escuela.

Me dediqué a la docencia siguiendo los pasos de mi mujer. Ella, a su vez, había seguido los de nuestro hijo cuando entró en preescolar. Nancy tenía alumnos de cinco y seis años en el colegio de Jonathan, y a mí me tocaron los de catorce y quince del instituto del barrio. Sé que a algunos profesores los chicos de esa edad les resultan complicados, pero a mí me gustaban. La adolescencia no es un camino de rosas, así que mi enfoque era dar un respiro a los chavales. Jamás los obligué a leer un libro si no les apetecía. Al fin y al cabo, las historias son eso, historias. No hace falta leerlas en un libro. Una película, una serie de televisión o una obra de teatro también tienen una narración que seguir, que interpretar, que disfrutar. Entonces sí estaba comprometido. Me esforzaba. Pero eso era entonces. Ahora ya no doy clases. Estoy jubilado. Y soy viudo.

Primavera de 2013

Catherine tropieza y echa la culpa a los tacones altos, pero sabe que en realidad es porque ha bebido demasiado. Robert alarga el brazo para cogerla del codo, justo a tiempo de impedir que se caiga de espaldas por los escalones de cemento. Con la otra mano hace girar la llave y abre la puerta de un empujón, mientras sigue agarrando a su mujer del brazo para ayudarla a entrar. Catherine se quita los zapatos sin agacharse y trata de dar cierta dignidad a sus andares cuando se dirige a la cocina.

—Estoy muy orgulloso de ti —dice Robert, que se le acerca y la abraza por detrás.

La besa en el punto en que el cuello se curva hacia el hombro. Ella echa la cabeza hacia atrás.

—Gracias —contesta cerrando los ojos.

Pero entonces ese momento de felicidad se desvanece. Es de noche. Han vuelto a casa. Y Catherine no quiere acostarse, aunque está cansada hasta la desesperación. Tiene claro que no pegará ojo. Hace una semana que no duerme bien. Robert no lo sabe. Ante él se comporta como si no pasara nada, consigue ocultárselo. Se hace la dormida, se queda a su lado en la cama, a solas con sus pensamientos. Va a tener que inventarse una excusa para no subir con él de inmediato.